

ELECCIONES 1995: ¿JAQUE ECONÓMICO A LA POLÍTICA? **Apuntes sobre las elecciones del 14 de mayo***

por José Castillo y Mabel Thwaites Rey

La contundencia de la victoria del oficialismo el 14 de Mayo ha abierto un debate en torno a su significado, de por sí complejo si se busca una explicación monocausal. Nos proponemos en estas páginas aportar algunas reflexiones a este debate.

El gran éxito del menemismo ha sido articular en una única expresión política una multiplicidad de intereses, valores y aspiraciones sumamente heterogéneos, e incluso contradictorios. Sin embargo, hay un componente que los une a todos: el haber primado, en la decisión del voto, consideraciones materiales entendidas como esenciales, principalmente la preservación a ultranza de la estabilidad monetaria, que dejaron de lado otras cuestiones implicadas en la gestión de gobierno. Así, temáticas tales como la corrupción, los derechos humanos, el respeto a la división de los poderes, entre otras, no tuvieron el mismo peso a la hora de elegir.

De este modo, pareciera que ha triunfado una lógica donde prima “la economía” por sobre “la política”. En realidad, lo que se ha puesto de manifiesto es como la dimensión económica, que en la teoría liberal está constitutivamente “separada” de la política, ha logrado instalarse como instancia escindida y absolutamente independiente, a la que no es posible -ni deseable- gobernar, es decir, interferir sus leyes naturales desde lo político sin que se produzcan males mayores. Así se introdujo, como un extraño e inmenso poder de veto, la necesidad de “no violar las reglas impuestas por el mercado”. La “economía” ha asumido entonces el lugar de un monstruo devorador, terrible, implacable, con algunos domadores -como el ministro Cavallo, por ejemplo- que han aprendido el difícil arte de sosegarlo. ¿Y qué pasa si se violan las reglas? La respuesta es inmediata: “Se alarman los mercados”, “se van los capitales”, “vuelve la inestabilidad”, se despierta, en síntesis, el monstruo dormido. Pero, y este es el triunfo ideológico central del neoconservadorismo, se niega la pregunta acerca de quienes son “los mercados”, y se acepta el eufemismo que encubre al poder real. Pero no porque no se lo conozca, sino porque ni siquiera puede nombrárselo.

Desde la vivencia profundamente traumática de la hiperinflación, la sociedad parece haberse disciplinado de tal manera que se acepta que “los economistas” operen como oráculo de última instancia, con autoridad incuestionable, para oponerse “desde la prepotencia del cierre de los números” al resto de las demandas, independientemente de su justicia y/o justificación. Más aún, los que se encuentran fuera del mundo de los iniciados, los que no son sacerdotes del monstruo, están descalificados de entrada para participar u opinar.

Esta lógica de escisión se torna tan hegemónica que afecta incluso los propios diagnósticos pre y poselectorales de los que cuestionan profundamente el modelo neoconservador y que, por lo tanto, deberían conocer sus implicancias sobre la conciencia de los distintos sectores sociales. Así observamos como muchos, desconcertados, se preguntan: ¿cómo es posible que, con semejantes niveles de desocupación, pauperización, recesión y corrupción desembozada, la gente plebiscite al gobierno? ¿Cómo es posible que, cuando los datos de la economía muestran la

* Publicado en *Realidad Económica*, N° 132, Buenos Aires, mayo-junio de 1995. ISSN 0325-1926.

creciente iniquidad y la falta de perspectivas, esto no se traduzca en repudio a la conducción gubernamental?

Podemos distinguir, en este punto, las distintas dimensiones “económicas” del voto menemista. El 50% del electorado que votó al gobierno está compuesto por un conglomerado heterogéneo de intereses, por lo que el peso y las características de las consideraciones económicas han sido distintos en cada uno de ellos. A grandes rasgos, podemos distinguir tres componentes:

1. Por una parte, es fácil entender el apoyo prácticamente unánime de los sectores dominantes, sostenedores y beneficiarios directos del modelo en curso, que a partir de que la reforma constitucional hizo posible la reelección de Menem y, especialmente, tras las convulsiones provocadas por el “efecto tequila”, se disciplinaron sin fisuras para garantizar el respaldo a la continuidad de la política actual. Pocas veces en la historia estos sectores estuvieron tan dispuestos como ahora a sostener a un gobierno elegido bajo reglas democráticas.

2. En segundo lugar, se destaca el mayoritario voto de los sectores más pobres de la población, que tiene varios aspectos diferenciados. A riesgo de simplificar, podemos separar el conurbano bonaerense, donde el componente asistencial tuvo un peso fundamental, del resto del país, donde la prevalescencia de elementos tradicionales y la vigencia de los caudillos provinciales volvió a mostrar su importancia.

Estas elecciones probaron una vez más la firmeza del arraigo de la identidad de los valores del peronismo en las clases populares, más allá de sus líderes actuales. Todavía hoy, el Peronismo sigue siendo una identidad asociada a la pertenencia al “pueblo”, a “los pobres”, que solo puede cuestionarse en situaciones de crisis global extrema o ante la emergencia de un liderazgo político alternativo fuerte y claro capaz de disputar desde una parte de su base electoral.

El caso de la provincia de Buenos Aires resulta importante no solo por sus implicancias cuantitativas, sino porque allí el asistencialismo concreto que resuelve con eficacia cuestiones básicas como el agua, las cloacas, el asfalto o la propiedad de los terrenos para vivienda, ha impactado sobre la raigambre industrial del peronismo, con sus fuertes vinculaciones con una cultura del trabajo. Aquí cabe observar como, paradójicamente, la dimensión económica de la ayuda social refuerza la escisión economía-política. Cuando se dice que Duhalde, en tanto político, “hace Obras”, como materialización de lo que significa trabajo político para los sectores populares, queda velado que, a la vez, sus mismos receptores son las principales víctimas de la recesión y la desocupación implicadas en el modelo económico-social en curso. Esto último es sentido cada vez más como “afuera de lo político concreto”, como una cuestión independiente de las decisiones de gobierno.

Lo “económico” aparece entonces como un disciplinante social que está en otra dimensión y que toma forma en las múltiples vivencias de la vida cotidiana que tienen los sectores populares para conseguir, como individuos aislados, su supervivencia. Y ahí penetra y reaparece la afirmación de la existencia de jerarquías sociales permanentes -sentidas como imposibles de remover-, que se expresan en la creencia en la infalibilidad y la omnipotencia del patrón, o en el agradecimiento al empleador por dar trabajo, convertido casi en una dádiva discrecional. Este disciplinamiento está detrás, como muchos autores ya han señalado, de la flexibilización de hecho de las relaciones laborales, más allá de las leyes, del Estado, y obviamente, de la política.

Paradójicamente, o quizás justamente por ello, esta transformación se opera con la mediación de la simbología del Peronismo, que fue el que selló la identidad de “trabajador” como sujeto colectivo con derecho a la dignidad social y política. Bajo este paraguas de identidad difusa que sigue brindando la posibilidad de identificación -más social, casi, que política-, hoy aparece un corrimiento cada vez mayor hacia lo individual, propio de las lógicas políticas del Conservadorismo Popular. La relación se establece entonces entre el líder “bueno” y el “pobre” que recibe, clientelísticamente y a cambio de sometimiento político, determinados bienes que le son indispensables para la supervivencia, y así las mediaciones de instancias colectivas y solidarias, tanto políticas propiamente dichas como sociales, o se extinguen o se subordinan a la relación principal líder-individuo receptor.

Por otra parte, al impugnarse “la política” como algo ajeno que no le resuelve en concreto la vida a ningún pobre, porque sus condiciones de vida suelen no diferir demasiado aunque cambie el gobierno, al profundizarse este sentimiento que tiene un fuerte componente “desfetichizador”, se da la paradoja de que no se traduce en una conciencia superior de lucha y de cambio, sino en resignación y en la utilización, profundamente racional, de las ventajas que se ofrecen desde el sistema político como más inmediatas. El clientelismo, entonces, se funda en buena parte en esa racionalidad y es a partir de allí desde donde puede empezar a entenderse.

3. El tercer componente del voto menemista arraiga también en la dimensión del disciplinamiento ideológico del neoconservadorismo: es el profundo temor que sienten importantes sectores medios ante la incertidumbre que el modelo le plantea a su situación actual y futura. Aquí aparece con toda su fuerza el miedo al caos, a la vuelta a la hiperinflación, a la caída sin fin en una escala social en la cual se sostienen con cada vez menos hilos. Y es la acotación hasta al paroxismo de la decisión del voto a la posibilidad de supervivencia inmediata: desde como hacer para pagar las cuotas de un crédito hasta como enfrentar un eventual rebrote inflacionario si los “mercados” cumplen con su amenaza de enojarse si no se ratifica su poder. Las consideraciones sobre la posibilidad de perder el empleo propio, o de tener que cerrar la empresita o el negocio si se continua en el actual proceso recesivo, así como sobre la situación de los actuales desempleados, los jubilados, la educación, la salud, y otras cuestiones por el estilo, son dejadas de lado ante el terror principal a una debacle inmediata. Es esto lo que explica lo que se ha dado en llamar “voto-cuota”, “voto fantasma” o “vergonzante”, silencioso y resignado, que hace preguntar a más de uno como hizo el gobierno para ganar si es difícil encontrar, en este sector social, a alguien que diga que lo votó.

Resulta evidente que este componente no podría entenderse sin remitirse a como ha afectado al cuerpo social la hiperinflación de 1989. La virtual desaparición de la moneda, y la violencia social consiguiente, han generado una patología de conductas sociales solo comparable a la que construyó el terror dictatorial. Se ha dibujado sobre el cuerpo concreto de la sociedad argentina el sino del castigo que significó no respetar al Dios-dinero. La venganza del fetiche fue terrible; y hoy parecería que solo bastara con una “mirada enojada” de los mercados, para que todos silencien sus críticas o, peor aún, sigan sosteniéndolas en público, pero modifiquen sus decisiones en el cuarto oscuro.

Una vez más: La paradoja de anclar un proyecto alternativo en medio de la tempestad.

La oposición, en sus distintas vertientes, no ha podido evitar caer en la aceptación de la separación entre las dimensiones económica y política. En el caso del FREPASO y de la UCR, se expresó en una carrera por demostrar credenciales de técnicos, por precisar programas y por buscar ganar confiabilidad en un terreno que cada vez se parecía más a un partido de truco con cartas marcadas. Y, obviamente, fracasaron en su intento. En el caso del radicalismo todo terminó en un abandono apresurado del campo de la discusión económica "técnica", que dio paso a una poco creíble radicalización del discurso, originada en un desesperado privilegiamiento de la supervivencia partidaria. El resultado fue un desbordamiento de contradicciones que, si bien también tienen las otras fuerzas, aparecen ahora en el caso de la UCR como de mayor dificultad de resolución.

El FREPASO, por su parte, cargó con la mayor responsabilidad a partir de haberse constituido en la principal fuerza opositora y se vio enfrentado a la exigencia de presentar un programa de gobierno oponible a la actual conducción, que exhibió como sus mayores credenciales el cumplimiento de las metas que se impuso en el sendero de la transformación neoconservadora y la disponibilidad de los técnicos más idóneos para llevarlas a cabo. Porque la garantía que pudo ofrecer el gobierno fue, justamente, su estrecha articulación *política* con los nudos del poder económico mundial. Seamos claros, ¿qué conoce Cavallo que no sepa el resto? Centralmente, el mailing de teléfonos privados de los nudos del poder económico mundial y la confianza, construida a través de 25 años, de los grupos económicos locales. ¡Y de ahí el veto que se materializó en la temperatura variable de los mercados!

Esto no quiere decir que no exista un saber económico específico. Por supuesto que hay un conjunto de cuestiones que pueden definirse analíticamente como económicas, y hay una especialidad en conocerlas. Existe la Política Económica, (y los economistas como profesionales) como existe la Política de Salud o la Política Educativa. Como partes de un proyecto político global, que determina su viabilidad a partir de una relación de fuerzas dadas, en el ámbito nacional, regional y mundial. Y que se plantea objetivos que exceden esa propia relación de fuerzas, trabajando para modificarlas favorablemente.

El FREPASO no pudo -o no supo, o no quiso-, sortear la trampa de la escisión economía-política que le tendió el oficialismo y, en lugar de cuestionar las bases mismas del razonamiento dominante, se dispuso a disputar en el terreno del adversario. Ni siquiera apeló a un recurso tan claro como negarse a aceptar los números esgrimidos por la cartera económica, única que dispone de toda la información y puede manipularla. En la carrera por presentar datos, el que gobierna *siempre y por definición*, dispone de más datos que la oposición. No obstante, y mirando hacia el futuro, esta fuerza tiene como credencial interesante para exhibir a la sociedad dos cabezas presidenciables y un conjunto de equipos técnico-políticos con una buena comprensión de las transformaciones operadas y de las tareas pendientes de cara al próximo siglo. Sus debilidades, sin embargo, vienen por el lado de su falta de claridad ideológica -que no significa la formulación de un dogma-, en el sentido de definir los aspectos fundamentales de una propuesta que constituya una alternativa sólida, de una evidente dificultad para dejar de lado las rémoras de una forma de hacer política del pasado y democratizarse en serio, y de la ausencia de inserción consistente en las capas sociales más pobres. Porque para lograr esto último hace falta un trabajo de base que cuestione en la práctica la modalidad clientilística del menemismo, y pareciera que en la dirigencia del FREPASO no hubiera claridad en este tema.

Mientras el voto tradicional de la derecha, que fue absorbido casi en su totalidad por el menemismo, hasta el punto de cuestionar casi su razón de ser como entidad diferenciada -excepción hecha de la banca que retuvo Alsogaray en la Capital-, nos exime de mayores comentarios, la paupérrima expresión de la izquierda tradicional en las elecciones nos obliga a abrir algunos interrogantes.

Parece claro que el votante de izquierda privilegió la posibilidad de construir “otra cosa” distinta al menemismo, aún con todas las ambigüedades (y debilidades) que mostraba el FREPASO, que sostener su descontento en una opción más ideológicamente pura pero carente de efectividad concreta a la hora de castigar al enemigo principal. Pero hay algo más, porque no se trató de que esos votantes decidieran, como en otros momentos, apoyar a los partidos tradicionales como mal menor, como hicieron en otras oportunidades. Esta vez, la opción del FREPASO significaba que, más allá de cierta resistencia a la candidatura de Bordón, una parte del progresismo estaba desde el principio incluida en él. Y la mayoría de la gente que simpatiza con este espacio, pero que está muy alejada de los abatares de la militancia y la dirigencia, no termina de entender las razones de las sucesivas escisiones y polémicas. Pero el dato más importante es que resulta evidente que cada vez más la gente, aún desconfiando y disgustada con las limitaciones que el sistema democrático le impone a las transformaciones progresistas profundas, tiende a elegir opciones con alguna posibilidad real de expresión, y máxime en una elección presidencial. La opción puramente testimonial, de afirmación ideológica incontaminada se redujo, en este contexto, a la mínima expresión, lo que habla, a su vez, de varias cosas.

Por una parte, está la crisis ideológica mundial exacerbada a partir de la caída del muro de Berlín, que ninguna de las tradiciones marxistas y de izquierda nacional popular lograron resolver aún en un sentido que las potencie como alternativa de futuro deseable y creíble para el conjunto de la sociedad. En la Argentina, a diferencia de Uruguay, Brasil e incluso Chile, esta crisis ha impactado de manera más profunda, en la medida en que se asienta sobre una base de debilidad histórica de la izquierda clásica en sus expresiones orgánicas, con su escasa incidencia visible sobre los movimientos políticos y sociales de masas.

Porque en la Argentina, la izquierda “difusa”, el “progresismo”, ha sido siempre un espacio más grande que el de las opciones partidarias de ese signo, que se expresó en movimientos sociales y culturales mucho más amplios y, en las elecciones -sobre todo las presidenciales-, históricamente tendió a dispersarse y recluirse principalmente en los partidos con posibilidades ciertas de gobernar. Por eso no es nuevo ni sorprendente que en estas elecciones ese sector haya confluído de manera tan contundente en el FREPASO

Además, en la medida en que las instituciones democráticas tienen un funcionamiento ya bastante consolidado se advierte que, si por una parte el poco peso relativo que tiene el parlamento genera desaliento, por otro lado aparece como la única alternativa de voz que le queda a los sectores progresistas en la etapa actual.

Desde otro ángulo, la izquierda reivindica los procesos de lucha como forma principal de enfrentamiento al orden existente, lo que es correcto. Pero el contenido de las luchas económicas y sociales que se vinieron desarrollando en la Argentina en los últimos años, desde los conflictos en San Nicolás hasta los enfrentamientos fueguinos y cordobeses recientes, pasando por el “santiagazo”, no ha sido el sentido épico fundacional que muchas veces se intentó atribuirles. En el contexto de hegemonía neoconservadora que venimos analizando, la inmediatez de los objetivos de esas

luchas sirvió, para desconcierto de muchos honestos luchadores de izquierda, para descomprimir situaciones específicas -por ejemplo, el pago de salarios atrasados, o de indemnizaciones pendientes- antes que para constituirse en los signos más destacados de un cambio de tendencia en el movimiento popular. De ahí que no se reflejara en el voto, como se especuló, el nivel de conflictividad alcanzado en muchos sectores. Para que hubiera sido de otra manera era necesaria la confluencia de una serie de factores, comenzando por la subjetividad de los protagonistas, cuya complejidad nos impide abordar en estas páginas.

Lo que queda claro es que, además de denunciar la injusticia del orden existente e instar a la lucha frente a cada hecho de explotación o abuso concreto, hace falta instalar la conciencia de que existe una forma alternativa de organización social que pueda ser efectivamente materializable. Por eso aquí está en juego una profunda disputa intelectual y moral que apunte a construir nuevos “sentidos comunes” capaces de disputar la actual hegemonía neoconservadora. Para ello es preciso movilizar un conjunto muy grande de fuerzas e integrarlas en etapas sucesivas. Entonces, la alternativa no puede ser seguir atrincherándose -a la espera de algún estallido salvador- en un discurso atemporal y autorreferenciado en los propios principios, incapaz de contactar con los sujetos sociales reales -y no los ideales- o, por el contrario, reducirse a aceptar pasivamente el sentido común dominante y mimetizarse con él, con temor casi vergonzante a exponer las propias ideas y disputar con ellas la construcción de una perspectiva alternativa.

El desafío para la izquierda es superar su actual dispersión e integrarse en movimientos más amplios que permitan construir las herramientas apropiadas para producir las transformaciones que se necesitan, sin por ello perder su carácter y principios fundamentales. Porque creemos tanto que no habrá un cambio verdaderamente profundo sin que los valores de la izquierda se incorporen como uno de los pilares del movimiento transformador, como que para producir tal cambio es preciso integrar a vastos sectores, que van mucho más allá, obviamente, del actual progresismo en sus múltiples variantes. Construir hegemonía supone, precisamente, ser capaz de ofrecer al conjunto de la sociedad una alternativa posible, distinta e integradora de las mayorías, partiendo de su grado de conciencia actual para hacerla progresar en un sentido superador del orden vigente.

Salir de este círculo vicioso le exige a los sectores progresistas introducir con fuerza el debate acerca de la unidad inescindible, teórica y práctica, de la economía y la política. Así como no hay ingeniería política posible al margen de las tendencias de la acumulación del capital a escala mundial (y esto lo sufrió en carne propia el alfonsinismo, tratando de construir islas participativas en lo político mientras el país giraba en la frecuencia del ajuste), tampoco es posible creer que existen lógicas técnicas del mercado que, según quien las conozca, permiten gobernar la economía o caer en el caos.

Resulta obvio que no se puede desconocer la existencia de la globalización económica internacional. Pero esto no quiere decir que no se puedan definir las formas de ingreso, el retardo o aceleración; la construcción o no de redes de protección. Y esto no es un mero debate técnico; se define, en cambio, en las capacidades para construir una coalición política y social que lo sostenga y le dé legitimidad. Además, no se resuelve exclusivamente en el terreno de las medidas de un Ministerio de Economía, sino en las acciones de la sociedad civil, como campo de disputa de las fuerzas políticas y sociales. Tomando un caso, es un dato que hoy un obrero está desprotegido frente a la flexibilización de hecho que existe en la

producción. Es una realidad, más allá de los deseos y las manifestaciones políticas. Entonces, una fuerza progresista que se plantee actuar sobre esta cuestión debe apuntar a la organización de las fuerzas del trabajo, construyendo articuladamente para el fortalecimiento de sus organizaciones. Por supuesto que al mismo tiempo habrá que implementar un paquete “técnicamente impecable” de políticas específicas. Pero tengamos la absoluta seguridad de que este será totalmente inútil si no se sostiene desde la sociedad civil: la eficiencia de una política pública depende mucho más de la coalición de fuerzas que la sustenta que de la prolijidad de los programas.

El gobierno de Menem tiene un equipo económico formado, quizás el mejor que pueda ofrecer hoy la teoría económica ortodoxa en la Argentina. Esa es su fortaleza, pero también su límite. Formados en la ola de auge del neoliberalismo de mediados de los setenta, que observó los límites del monetarismo de la escuela de Chicago (al estilo Martínez de Hoz), incorporaron básicamente la suma de la teoría económica de la Oferta de Laffer y del diagnóstico neoconservador en teoría política. Reagan y Thatcher pusieron en práctica con éxito este cóctel a principios de los ochenta. Un esquema simple, maniqueo y terroríficamente fundamentalista: las debilidades del Estado Benefactor generaron un exceso de demandas sobre el Estado, para pagarlas se generaron mecanismos de presión fiscal y/o impuesto inflacionario que quitaron incentivos a los productores. Entonces la respuesta fue simple, solo se trataba de reducir en términos absolutos el tamaño del Sector Público, tanto en gastos como en recursos, de tal forma de devolverle la “robustez de la competencia” al mercado. Ello generó terribles consecuencias, pero a la vez una cierta capacidad de reconversión salvaje de sus economías para colocarlas en forma desnuda frente a la competencia internacional. Pero, aún en los casos de Inglaterra y EE.UU. el modelo se agotó, no pudiendo pasar de ser un feroz reordenamiento de corto plazo. Ninguno de los dos países superó los problemas básicos que hacen a su decadencia a partir de la incapacidad de insertarse con éxito en la punta de la competitividad internacional. Requirieron de políticas activas que no poseían. Y su ciclo concluyó.

En la Argentina sucede algo similar. El Menemismo se acerca aceleradamente al momento donde su propia coalición observe que ya dio todo lo que tenían para dar. Aportaron a un disciplinamiento regresivo que les permitió articular un bloque de lo más concentrado y conservador en la política y la economía argentina. Pero hoy solo pueden ofrecer sus laureles. Una retórica que busca profundizar el poder de veto del modelo económico sobre cualquier instancia transformadora, acosando con esa lógica peligrosamente a la principal oposición. Y una promesa de continuidad. Pero proyecto político que no avanza es peso muerto para la sociedad, aún para el bloque que lo sostiene, y al igual que un péndulo, retorna a su punto de origen tomando velocidad en su caída.

Se abre así un espacio muy amplio para la acción política alternativa, capaz de disputar el poder a partir de un proyecto creíble. Para ello hace falta, nada menos, que la capacidad de construir una fuerza social que logre expresar, como necesidad, la construcción de una sociedad distinta. Así quedó abierto el juego tras las elecciones.